

Adagio Mortal

Jesús Miguel Delgado Del Aguila

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

tarmangani2088@outlook.com

—¡Me has dicho Lucy!

—Me equivoqué, perdóname...

—¡No! Yo no soy Lucy. Dime quién es ella... ¿Es la que estás mirando desde que he llegado? ¡Responde!

—No he visto a nadie.

—No me mientas. La estás mirando y le haces gestos con la cara. No lo soporto más.

Sus cabellos sedosos resbalan sobre sus hombros. Su mirada es sensual. Me atrae. Sus enormes pechos, su vestimenta brillante que se dibuja desde sus curvas físicas, el develamiento de sus piernas con olor a sexo. La toco con la mirada, grabo su rostro en mi sien. La admiro. Mis ojos lagrimean ansiosos de poseerla. Me mira. Luego de un rato, lo hace de nuevo. Su mirada cambia de dirección para volver a depositar sus ojos sobre los míos. Me mira y no deja de hacerlo. La atención es recíproca. Solo yo me percató de la escena. La deseo y esta noche más que a ninguna.

—Me voy, eres un hipócrita. Te dije que, si hoy me hacías esto, terminaríamos. ¡Dame mis cosas! Mi cartera, por favor. ¡Ah! Te olvidas de lo que te encargué. El sobre que te pedí. Gracias. Ahora, sí puedo irme. Adiós.

He cogido una rosa con púas. Me hice el incomprendido. Valeria tomó la ruta de los servicios higiénicos. Creo, o no sé, aún no salió del Hotel Marriott. La eché de menos. Hice un gesto de decepción y volví a rebuscar entre los presentes a la mujer de mi atracción. Aún estaba allí, sentada, sola, a la mesa, con las piernas cruzadas... ¿Esperándome? Mi cinismo no funcionó esta vez. Las luces del hotel se apagaron. Un silencio fulminante invadió la enorme área de comensales. Los bármanes brillaban con su trajecito blanco fosforescente y las bandejas de plata disparaban unos rayos de luz que se perdían en el movimiento, como sucedía con los faroles de las piletas, los monumentos y los postes que estaban fuera del lugar, en el parque de Larcomar. De la misma manera, ocurría con las luces que se proyectaban en el océano. Los miradores, los civiles peruanos como yo, los extranjeros, los automóviles lujosos estacionados, la movilización del dinero, el retumbo de los cláxones y un nuevo sonido: la presentación de una orquesta. Pequeñas luces enfocan parte de las mesas y la tarima donde están unos cantantes con sus instrumentos. El sonido es insoportable. La música potente retumba en mis oídos. Me alteran la tranquilidad. Este hotel está conformado de inmensas columnas y paredes transparentes de vidrios gigantes de los que se puede apreciar el exterior: Larcomar, Miraflores, el océano, el cielo oscuro y algo más. El sonido de las olas se ha disipado por completo, el ruido, el alboroto de los clientes que consumen y la música ininteligible de los compositores se juntan para claudicarme de la realidad. ¿Valeria? ¿La mujer hermosa que me observaba? ¿Mi mensaje habrá sido efectivo? Ya las perdí de vista. Todo está oscuro, las proyecciones de luz solo apuntan a determinados lugares. No observo a la atractiva chica en su respectiva mesa. Esfuerzo mi vista, mas no logró captarla. Hay mucha gente alrededor, ¡mucha! Los bármanes con sus camisas manga larga y sus corbatitas michi están aglomerándose en el mismo lugar, pero la música prosigue. Un moderador altivo y alegre anima la orquesta. Gente circundante desvía su atención de allí. Algo ha pasado. Me inquieto... Veo un brazo extendido entre tanta multitud, un brazo descubierto, y me parece que es ella. Alguien ha gritado algo, vociferan. Un temor me invade en el cuerpo. Se me acerca un mozo que ha aparecido fantasmalmente. Coloca dos copas de vino en mi mesa y se retira

mecánicamente. Sujeto una de ellas y pretendo tomar el contenido, pero no puedo. Estoy asustado. Escucho una noticia. Los clientes se ponen de pie y se dirigen al sitio de la muchacha. ¿Está muerta? ¿Intoxicación? Eso es lo que he escuchado. Imposible. ¿Cómo? Estoy espantado. Una sensación incontrolable de dolor me invade en todo el cuerpo. El corazón se me hace trizas. Sujeto la copa. Me la llevo a los labios con la disposición de tomar el vino de un solo sorbo. Una mano me detiene. No es la mía.

—Vámonos, amor. Subamos al cuarto, tengo sueño...

—Valeria...

Se lo dije bien claro, el muy imbécil me tomó al vacilón. Si estuviera jugando conmigo, los mataría: a él y a su amante. Nueve años con él para que una cualquiera lo seduzca y me lo quite, ¡jamás! Verán de qué soy capaz. Nadie se mete conmigo. Le he perdonado varias veces. Esta vez seré radical. Si descubro que hay una mujer detrás de todo esto, actuaré de tal forma que nadie me reconocerá. A ver. “Reservas”. “Mesa 65: Sr. Gabriel Zimmermann (28) y Sra. Valeria Hinostraza (27)”. Esa es la nuestra. Veamos, una mesa donde esté una Lucy... Lucy... Lucy... Lucy... “Mesa 45: Srta. Lucy Figueroa (27)”. Te mataré. Me voy hacia el baño, me observo en el espejo. Soy muy bella, más hermosa que cualquiera, ¿quién no quisiera estar conmigo? Mis cabellos, mis facciones, mis senos, mis formados glúteos, mi cintura, mis caderas, mis labios. Cuántas veces Gabriel ha pernoctado conmigo en la misma cama por la atracción física que tiene hacia mí... Para que después venga una chica sucia y me lo quite. Ni Dios se lo perdonará. Retiro los utensilios y los cachivaches que hay dentro de mi cartera. Aquí está. El encargo que le pedí a Gabriel. Pobre mi papá. Prometí que me encargaría de exterminar la plaga de

ratas que tiene en su casa de Barranco. Tendré que retardarlo un poquito para finiquitar con unas cuantas molestias. Me retiro del baño. Todo afuera está oscuro, con pocos rayos de luz, pero es muy difícil encontrar la vía de retorno. Me acerco al mozo, lo sigo y me detengo donde hacen las reparticiones. Espero que el encargado anuncie el pedido a las mesas 45 y 65. Escucho: "Jimmy, esta va a la mesa 45". En un descuido, deposito la mitad del contenido del sobre en la copa de vino. Lo observo todo, aunque me gustaría percatarme de la escena más de cerca. Antes de hacerlo, ubico el pedido 65, que aún no saldrá a entregarse, y rocío lo que queda del contenido en las dos copas, una supuestamente era para mí, pero ya no beberé. Sí o sí, morirá mi Gabrielito, con una prueba bastaría. La chica juguetea con la copa. Se la acerca a los labios. Es muy linda; no obstante, yo soy mucho más que ella. Le da un sorbo. Saca uno de sus cigarrillos y lo empieza a fumar. Hay un cenicero cerca de su copa y un papel doblado en cuatro también... ¿Una carta? ¿Un mensaje que le envié... Gabriel? ¡Diablos! No pasan ni dos minutos y la mujer se desploma en el piso. Al caer la copa, se hace pedazos. Un sonido fuerte se expande alrededor, a pesar de que la orquesta trate de disimularlo. Se aproximan los mozos. Uno la reconoce y dice: "A ella, le entregué un mensaje. No lo leí. No me dio tiempo". Eso despertó mis sospechas. Me acerqué a la mesa en medio de tanto gentío. Retiré el papel doblado y me fui al mostrador donde servían las bebidas. Doblegué el mensaje. Lo leí, y el mundo se me transformó en imágenes de locura, muerte y venganza. Allí estaba el culpable, a punto de beber la copa... ¡Maldición! Esa muerte sería muy común. No sabes lo que te espera, tramposo, te mataré ahora mismo. Valeria arrugó el papel y lo tiró con fuerza, sin importarle dónde caería. Nadie volvió a leer esa misiva. En ella, se confesaba lo siguiente: "Lucy, luego de que deje a Valeria dormida en la habitación, bajaré a buscarte. Sabes que me atraes potencialmente. He anhelado tu retorno a este lugar con ansias. Deseo volver a tocar tus labios, desnudarte con mis dientes, besar todo tu cuerpo, hacerte el amor. Luego, haré todo lo que me pidas. Ahora, discúlpame por la espera. Estás muy bonita. Atte. Gabriel".